

# **LAS VOCES DEL SAHARA**

- *LIBIA* -

TEXTO Y FOTOS: Vicente PLÉDEL y Marian OCAÑA.

## **ENTRADILLA**

El Gran Sur de Libia nos sumerge en un mosaico de vivencias, bellezas y aventuras. No es un viaje, es un sueño que nos trasladará a un universo infinito de dunas y oasis paradisiacos, restos de imperios olvidados, desiertos con esculturas labradas por el viento y las arenas o lechos de ríos fósiles que albergan un extraordinario museo al aire libre: diez mil años de historia grabadas en la piedra. La magia de un desierto olvidado que nos habla desde sus arenas.

# **LAS VOCES DEL SAHARA**

- LIBIA -

TEXTO Y FOTOS: Vicente PLÉDEL y Marian OCAÑA.

Cuando evocamos el territorio libio la idea que se instala en nuestra mente es la de un lugar inquietante, inseguro, peligroso... sin duda alguna estas ideas son fruto del absoluto desconocimiento de un país tan asombroso y seductor como es Libia.

## **LA COSTA IMPERIAL**

El mar Mediterráneo permitió que a sus costas arribaran fenicios, griegos, romanos, bizantinos... Y en sus orillas levantaron, como en las emblemáticas ciudades de Roma o Atenas, teatros, templos, palacios, baños, basílicas... que ahora como fantasmas de la elegancia y distinción nos evocan el glorioso pasado imperial en recintos tan espectaculares como Sabrata y Leptis Magna en la Tripolitania o Cirene y Apollonia en la Cirenaica, al noreste del país. Lugares que satisfacen sin duda alguna las exigencias del más fanático amante de la arqueología.

Pero en el Sur... el sahara se hace omnipresente. El desierto parece querer engañar a los profanos mostrándose como una vasta extensión de arena monótona envuelta en un sofocante calor. Pero cuando nos sumergen en su espíritu nos encontramos con un entorno de versatilidad fascinante donde el viento tornea, redondea, araña... un paisaje excepcional que se extiende ante él. Sin duda alguna un universo mágico que oculta una abundancia de insólitos tesoros que el arte, la historia y las extravagancias del clima han modelado a lo largo de miles de años.

El encanto del encuentro con el desierto, depende siempre de la capacidad para aclimatarse y olvidar nuestras costumbres cotidianas e ir al encuentro de otra cultura, otras gentes, otro medio. Este nuevo entorno se revela para aquellos que buscan el silencio, comer frugalmente, dormir al raso, aceptar esa disciplina que permite enfrentarse cabalmente a este universo de una pureza casi intacta. A partir de ahora, estaremos el desierto y nosotros frente a frente ante el primer reto: cruzar más de 600 km de sahara entre Dirj e Idri.

Planchas de arena, palas, eslingas, jerricans de combustible al máximo de su capacidad, bidones de agua cargados como si un camello se hubiera bebido hasta la última gota del último oasis que ha encontrado en su camino, la cartografía adecuada y nuestro inseparable e imprescindible GPS (posicionador vía satélite). Son, entre otros, los objetos que estibamos en nuestro todoterreno para estar preparados ante las posibles eventualidades del camino. Si hay algo que nos gusta de este medio es la sensación de libertad que te ofrece esa inmensidad que se

extiende ante nosotros. Somos conscientes del peligroso riesgo que oculta pero aceptamos su doble juego de morbosa provocación y descarada seducción.

El paisaje se va transformando a medida que los kilómetros avanzan, arena compacta y dura salpicada de enormes montículos nos permiten acampar junto a ellos en nuestra primera noche en el desierto.

En los sucesivos días avanzamos entre hamadas de piedras, cortados, jebes, que afortunadamente no pinchan ninguna rueda. Vamos localizando los pozos, el de Bir Rimit es el primero de ellos. Aun permanece en activo y nos permite repostar.

Este punto nos permite situarnos en la ruta, pero no debemos bajar la guardia porque no existe una única pista, son muchos los caminos que nos podrían alejar erróneamente de nuestra rumbo. No hay posibilidad de repostar y el errar la ruta correcta nos supone gasto de combustible y agua. El GPS nos indica siempre la posición exacta en la cual nos encontramos y rápidamente lo transcribimos en nuestra cartografía, seguimos por buen camino. Posteriormente encontramos el hito que indica el pozo de Bir Gazeil, pero desgraciadamente está completamente seco. Nos alegramos de haber repostado en el anterior, en el desierto no se puede jugar pensando que ya habrá suerte y más adelante podremos aprovisionarnos. Este pozo, en otros tiempos, daba vida a la encrucijada más importante de estas estériles tierras y en los coloniales años 20 los italianos construyeron un importantísimo campo de aviación.

Encajados entre las altas paredes de un desfiladero y no muy lejos de un oued seco desplegamos nuestro campamento una noche más. Nuestro próximo avance nos llevará hasta la ciudad de Idri donde de nuevo tomamos contacto con el asfalto.

## **CENIZAS DEL AYER**

De Idri avanzamos por un asfalto muy bueno hasta la capital del desierto del Fezzan, Sabha, siendo el lugar idóneo para comenzar a descubrir estos tesoros que el inmenso Sahara ha custodiado durante milenios.

A la mañana siguiente de nuestra llegada a Sabha, tras una relajante ducha y un profundo sueño reparador, conocemos a Yak-Yak el guía que nos va acompañar en las próximas jornadas, un joven alto y fuerte que apenas habla unas cuantas palabras en inglés.

De nuevo nos debemos enfrentar a otra dura etapa no exenta de dificultades pero el objetivo final bien merece este esfuerzo y ese objetivo es alcanzar Waw an Namus, que en su lengua vernácula significa "Lago de los Mosquitos".

Un recorrido de ida y vuelta por 640 km de desierto nos introduce por un paisaje que a partir de ahora va a sufrir una metamorfosis. Llanuras inmensas de arena dura y lisa nos permiten alcanzar velocidades superiores a los 100 km/h, pero estas van dan paso a hamadas rocosas donde pinchamos sin remedio ante el poder cortante de las rocas que siembran el camino. Y no

nos faltan las extensiones de fech-fech (arena blanda) que ponen a prueba la habilidad de los pilotos sobre las trampas que encierra un caprichoso terreno que en ocasiones engulle a nuestras ruedas.

Pero el escenario hacia el cual nos dirigimos empieza a revelarnos sus formas, luces y colores, la mutación que va experimentando el terreno: llanuras doradas, ocres y blancas han dado lugar a paisajes lunares azulados y pardos para concluir en un auténtico desierto azabache, negras dunas que aun conservan el recuerdo de las erupciones volcánicas, con suaves y finas capas de cenizas.

Por fin alcanzamos nuestro objetivo y ante nosotros, como un espejismo, emerge la montaña volcánica de Waw an-Namus en medio de una gran depresión del terreno. Como en el viaje de Julio Verne al centro de la tierra, donde aparecen escenarios inimaginables que creíamos desaparecidos, surge el enorme cono volcánico sobre las oscuras arenas. En su interior, un collar de lagos tricolores que surgen de las entrañas de la tierra combinan sus matices con el hosco paisaje que le rodea.

Seducidos por el impresionante espectáculo no podemos apartar nuestra vista de este entorno tan sugestivo. Nuestra imaginación reconstruye mentalmente lo que sobre estas arenas podría haber sucedido cuando la naturaleza bostezó en este recóndito lugar y transformo su rostro.

Sin duda el lugar merece una acampada. Una violentísima ventisca nos castiga durante toda la noche pero el poder disfrutar del amanecer en este singular escenario nos produce tal estremecimiento que nos permite aguantar el tipo y olvidar el esfuerzo empleado en llegar hasta aquí.

Por la mañana temprano, y antes del que sol empiece a calentar más el ambiente y se haga más agotadora la marcha, dirigimos nuestras pisadas hacia su interior. La bajada resulta divertida y fácil entre la arena y ceniza que se deslizan a nuestros pies. Una vez dentro nos acercamos hasta la base del imponente cono volcánico donde las aguas multicolores se dispersan a su alrededor. Entre los cañaverales vemos revolotear algunas aves que nos sorprenden tanto como nosotros a ellas. Después de disfrutar de este insólito lugar iniciamos nuestro ascenso que ya no resulta tan divertido y fácil como en la bajada. Y una vez más, me lamento y me prometo que a la vuelta tengo que hacer más ejercicio. Cuando por fin alcanzamos la cima de esta gigantesca colina de arena, nos tumbamos y giramos sobre nosotros mismos para disfrutar por última vez de su imagen.

## **EL VALLE DE LA VIDA...Y DE LA MUERTE**

De nuevo volvemos sobre nuestros pasos hacia el Fezzan, allí nos espera otro interesante capítulo de la aventura sahariana. Y es que los viajes por el misterioso sahara no sólo nos

desplazan por su geografía sino también por su historia.

Un oasis encajado entre dunas y jebels se convirtió en el corazón de un imperio que durante mil años fue el amo que dominó esta vasta extensión de terreno: El Imperio Garamante. Garama, su capital y ahora la actual Germa, nos dará la oportunidad de aproximarnos a él un poco más.

A pesar de los estudios de los que ha sido objeto todavía esta sin resolver su enigmático origen y su no menos intrigante desaparición. Esta misteriosa tribu poco a poco fue ganando terreno al desierto sobreviviendo gracias a un enorme y sofisticado sistema subterráneo de canalización de agua que desplegaron a lo largo del Wadi al-Hayat - el Valle de la Vida- y abastecía de agua a esta legendaria civilización. Tras su desaparición, el enclave fue ocupado por sucesivos pueblos e incluso los romanos acercaron su Imperio hasta esta ciudad convirtiéndola en la llave de las rutas comerciales transaharianas.

Hoy en día aun se puede deambular por esta solitaria urbe de adobe, sobre sus murallas, por sus calles o en su fuerte, que como una enorme termitera aun permanece en pie desafiando el paso del tiempo.

## **ENTRE LAS HIJAS DEL VIENTO**

Y desde la antigua capital de los Garamantes, rodeadas de palmeras, observamos las descomunales dunas que escoltan esta atalaya de adobe. Su visión nos sobrecoge porque hemos de surcarlas e iniciar una singladura a través de este colosal océano de arena que se abre ante nosotros, una marea dorada entre las cuales vamos a ir descubriendo los islotes de vida que siembran esta seductora inmensidad.

Existe una perversa complicidad entre la arena, el sol, el viento y el agua, que aquí más que nunca los amantes del desierto no podemos pasar por alto. El sol es capaz de arrancarle los destellos más hermosos a las volubles dunas que son acariciadas por el viento y las maneja a su antojo. A medida que pasan las horas, sin dejar de proyectar su energía sobre ellas, el sol y el viento consiguen transformarle el rostro al desierto. Es un proceso a veces pausado otras brusco y apasionado, pero que nos demuestra que ese tórrido y hostil paisaje esta vivo y hay que saberlo manejar.

Pero ante los requerimientos del sol y el viento, el agua, que el subsuelo esconde como un tesoro inalcanzable, estalla en la superficie como un milagro de frondoso verdor y nos obsequia con los oasis más espectaculares que jamas hallamos visto.

Tenemos el privilegio de ser testigos de estos originales guiños entre las dunas, el sol, el aire y el agua que atrapan al más insensible espectador. Pero vamos a ir más lejos, y no nos contentamos con ser unos meros espectadores, vamos a sumergirnos por este agridulce entorno para experimentar una de las emociones más intensas del sahara. Cabalgar por estas

descomunales dunas es una sensación tan intensa y emocionante como la de lanzarse por un montaña rusa que desconoce el final de su destino. Pero debemos enfrentarnos a ellas, a veces parecen infranqueables pero conseguimos superarlas con obstinación, prudencia y alguna que otra violenta caída desde lo más alto de algunas de ellas.

Uno tras otro van apareciendo los oasis y así llegamos al lago Mahfou, un suspiro de vida en medio de tan vasta aridez, donde sus aguas se hacen espejo para el azul de cielo y el verdor de la palmera. Luego nos sorprende el lago de Gabr'aoun aun más grande, impresionante, y nos muestra en sus márgenes su antiguo poblado, ahora abandonado, debido a la difícil accesibilidad del lugar para poder ser abastecido.

Más allá, los lagos de Mandara, un lago cuyas aguas aparecen y desaparecen estacionalmente, y Umm el Maa, más menudo pero acogedor y romántico, completan este extraordinario circuito sahariano a través de una auténtica montaña rusa natural de exuberante belleza e intensas emociones.

No muy lejos de estas arenas, rumbo al sur nos dirigimos a los Wadis de Mathandous y Nabatir, donde se halla una valiosísima herencia prehistórica cincelada en las rocas.

## **HUELLAS MILENARIAS**

Desde la misma Germa, un deteriorado asfalto nos conduce hacia una pista que nos introduce de nuevo en el desierto del Fezzan. Tras recorrer varios tramos de piedras alternados con pistas de arena dura llegamos a un puesto de control de la policía del desierto, donde entregamos el salvoconducto para continuar el camino hacia el tan deseado Wadi.

El lugar se quiere hacer esperar y antes de alcanzarlo debemos recorrer los últimos kilómetros a través de un complicadísimo tramo pedregoso, tan cerca de la meta y hemos de avanzar prudentemente lentos para no perder un neumático innecesariamente y castigar inútilmente al vehículo. Pero la serenidad tiene su recompensa y por fin alcanzamos nuestro objetivo.

Nos hallamos frente a un lecho arenoso que se despliega a los pies de una fachada pétreo. El escenario invita a trepar por sus rocas y comenzar a descubrir los primeros grabados de tan solitario lugar. En sus paredes se encuentran talladas las imágenes de los remotos seres que habitaron el lugar hace miles de años. Las rocas nos muestran sus impresionantes petroglifos, unas imágenes esculpidas por unas manos milenarias que quisieron reflejar la abundante vida que bullía por entonces.

Es una experiencia única, insólita, especial... avanzar entre las rocas, seguir descubriendo los magníficos petroglifos que allí podemos admirar con tan sólo seguir la garganta del río fósil: jirafas, elefantes, avestruces, rinocerontes, búfalos, un cocodrilo enorme con su cría así como figuras humanas y fantásticas. Es emocionante imaginar este extinto vergel por donde

el agua recorría estos caminos hace muchos siglos, permitiendo la vida de estos seres en medio de la tierra yerma que ahora nos rodea.

Y en este paraje sin igual asentamos una noche más nuestro campamento. A la caída del sol, cuando todo lo que se encuentra a nuestro alrededor son siluetas difíciles de identificar, vemos aparecer de entre las sombras un personaje muy singular.

A lomos de un camello y dirigido por un joven tuareg aparece una mujer francesa que está recorriendo nuestra misma ruta en el medio más tradicional que ha podido elegir. Pero Dominique, que así se llama esta insólita mujer, se arroja literalmente al suelo desde su montura. Sobre el camello o andando, el dolor que siente por todo su cuerpo es infinito y rápidamente se desploma sobre la arena para descansar de tan dura jornada.

Junto al fuego, que su guía tuareg prepara, nos relata algunas eventualidades de su periplo e intercambiamos impresiones sobre nuestras peripecias, resaltándonos especialmente la increíble autodisciplina y resistencia de este singular hombre del desierto.

## **LOS MISTERIOS DE LAS ROCAS**

Pero como nómadas que no tienen un lugar fijo donde quedarse debemos seguir avanzando y desde Mathendous hacia Ghat, muy cerca de la frontera con Argelia, vamos a entrar en un universo de formas espectaculares llamado Akakus.

Se trata de unos escarpados macizos rocosos que se alzan por encima de unas dunas que van modificando sus colores, un paraje encantado con mil formaciones rocosas que modelan el paisaje mágicamente: rocas en forma de dinosaurio, agujas afiladas, columnas que parecen diseñadas por Gaudí, descomunales arcos que empequeñecen a cualquiera. Unos tesoros esculpidos por la naturaleza que cobijan otros trascendentes tesoros creados por el hombre desde la prehistoria.

Esta zona rocosa encierra muchas pinturas rupestres únicas en el mundo. Los frescos del Akakus suponen un libro rico de imágenes atestiguando un modo de vida varias veces milenario y restituyendo el medio ambiente de una región que la evolución del clima ha transformado en un mundo mineral. Gracias a estos artistas del pasado hemos podido trasladarnos a los orígenes de nuestra humanidad y podemos observar a los pastores vivir de nuevo, a los cazadores moviéndose en un marco reproducido con un naturalismo asombroso, como la naturalidad con la que aparecen representadas las mujeres lavándose el pelo o preparando la comida. Incluso seres humanos muy extraños y antiguos, hombres con cabeza redonda y cuerpos estilizados, que las teorías más atrevidas relacionan con seres extraterrestres. También aparecen los carros del Imperio Garamante, los romanos que alcanzaron estas apartadas tierras y los tuaregs usando un tipo de escritura primitiva que les permitía dejar mensajes sobre las rocas.

Y para recorrer esta zona contamos con un nuevo guía muy diferente a Yak-Yak.

Mohamed es un pequeño tuareg de más de 60 años con una vitalidad y entusiasmo desbordante y con él nos comunicamos en un francés muy particular. Se conoce el Akakus como la palma de su mano, lo cual facilita la localización de todos estos magníficos tesoros rupestres escondido al abrigo de las paredes rocosas.

A pesar de que las condiciones climáticas no son las más favorables, es posible encontrarse, aunque esporádicamente, aislados asentamientos tuaregs, itinerantes nómadas que se dispersan por esta singular atmósfera sahariana. En pequeñas zeribas y al abrigo de las rocas ubican sus sencillas y limitadas pertenencias, familias enteras con numerosa prole nos reciben tímidos y sorprendidos a nuestra llegada, es el encuentro de dos mundos diferentes. Las noches de acampadas se van sucediendo junto a un buen fuego de leña que nuestro hábil y desenvuelto amigo Mohamed nos proporciona cada día. Junto a las ardientes brasas compartimos un cálido vaso de té. Estos relajantes momentos nos permiten olvidar los pinchazos, las trampas de arena, las diversas eventualidades surgidas por el camino. Bajo una intensa luna llena Mohamed nos entona unos melancólicos cánticos tuaregs junto al fuego, la tetera empieza a vaciarse, las brasas a apagarse, pero todavía presentimos que conserva el calor en su alma.

## **LOS SEÑORES DEL DESIERTO**

Y entre este insólito paisaje llegamos a la ciudad de Ghat, enclave importante en el camino de las rutas transaharianas que cruzaban el desierto a lomos de sus camellos hasta las costas mediterráneas. Transportaban todo tipo de productos donde la sal, el marfil y los esclavos eran sus cargamentos más valiosos.

En lo alto de la ciudad se encuentra su legendario fuerte reconstruido y desde él, divisamos el imponente paisaje que rodea a la ciudad. Los montes Akakus destacan a lo lejos y más cercanas, casi en un tono amenazante, se encuentran las dunas que acechan la ciudad.

La antigua medina se extiende a los pies del fuerte, casi toda la población habita en la actualidad en la parte nueva de la ciudad pero es posible encontrar algún ciudadano viviendo todavía en las antiguas viviendas de la medina.

Cuando nos acercamos al mercado para comprar fruta y verdura no es difícil reconocer la figura emblemática de Ghat: el tuareg. Allí están los señores del desierto, con su rostro cubierto por el característico velo llamado "tagelmoust", a través de los cuales sólo es posible distinguir su inquietante e intensa mirada.

Desde esta simbólica ciudad vamos a retomar el rumbo hacia el norte y perfilar nuestro nuevo objetivo que se dirige hacia Ghadames, la encrucijada del Sahara.

A estas alturas del viaje el otro vehículo ha tenido que regresar a España. Desde Ghat todo el mundo parte en grupo ante el peligro que supone cruzar más de 700 km en solitario. Durante varios días aguardamos pacientemente en Ghat que se forme una caravana, pero nos



comunican que en los próximos días no saldrá ninguna, así pues decidimos partir solos a pesar del gran riesgo que esto supone.

Alcanzar el nuevo destino no es tan sencillo como suena. La franja de sahara que debemos superar desde Ghat hasta Ghadames se extiende paralela durante 700 km al territorio argelino y nos obligan a realizar el itinerario con un guía. De nuevo deberemos emplear nuestro todoterreno a fondo si queremos superar estas nuevas etapas en solitario. Pero ni el más experto tuareg está a salvo del poderoso desierto. El inicio de la ruta es suave con las hamadas y avanzamos rápido por la arena compacta. Después de 200 km comienza a complicarse con 70 kilómetros de dunas, algunas más complicadas que otras pero conseguimos superarlas. El terreno se vuelve cada vez más monótono e ingrato. Las piedras son ahora las protagonistas de la ruta y se salen con la suya pinchándonos un neumático.

Pero los verdaderos problemas se inician cuando nuestro guía confunde dos jebels y nos encamina hacia un rumbo erróneo. Un día entero vamos a emplear para buscar la escurridiza pista pero sólo encontramos trampas de fech-fech- (arena fina como la harina), muros infranqueables de piedras, grietas insalvables...y todo ello consumiendo un combustible que cada vez se hace más escaso. Para colmo de males pinchamos de nuevo y ponemos la última rueda de repuesto. Si sufrimos otro pinchazo tendríamos que intentar repararla nosotros mismos in situ.

Ahmad es incapaz de sacarnos de este intrincado laberinto porque nos había introducido en una zona del desierto donde nunca había estado. Recordamos que el día anterior atisbamos en el horizonte un campamento de prospección petrolífera y decidimos intentar encontrarlo, para ello invertimos la ruta con el GPS. Tras varias horas siguiendo el GPS, nuestras esperanzas se tornan en felicidad cuando divisamos sus blancas casetas prefabricadas. Allí descansamos atendidos por el capataz del campamento.

Ya por la mañana con las fuerzas y la moral renovadas revisamos el coche cuyos bajos han sido debidamente salvaguardados por los protectores, introducimos una cámara a una de las ruedas dañadas y, emprendemos la ruta correcta. De nuevo alcanzamos Dirj, el punto de partida de nuestra aventura por el desierto, y el punto de retorno de la vuelta a casa.

Durante 10.000 años la tierra libia ha sido habitada y recorrida por gentes y pueblos de muy variados orígenes y temperamentos, y todo ello dentro de un ámbito tan seductor y misterioso como es el sahara que ha permitido transformar este desierto olvidado en un desierto inolvidable.